

¡LARGA VIDA A LOS ECONOMISTAS CLASICOS!

por Rubén Lo Vuolo¹

En Italia, acabo de retomar contacto con la llamada “Escuela Sraffiana”, que se inspira en los trabajos de uno de los más brillantes e ignorados economistas de este siglo: Piero Sraffa. Esta escuela persiste en demostrar el error histórico cometido por la economía académica al abandonar los fundamentos del paradigma “clásico” (Smith, Ricardo, Marx) para seguir las falacias del paradigma “neoclásico” (Jevons, Wicksell, Marshall), que es el que domina la enseñanza, la producción y las recomendaciones políticas del pensamiento económico convencional.

Los neoclásicos imaginan a la economía como un trayecto de sentido único que lleva de la producción al consumo. Los mercados se entienden como puntos de espacio y tiempo donde convergen oferta y demanda. El problema económico se reduce a determinar los precios que “equilibran” oferta y demanda simultáneamente en todos los mercados.

Los clásicos entienden el proceso económico como un circuito que se realimenta, organizado en base a la división del trabajo y cuya dinámica depende de la forma en que se genera y se distribuye el valor “excedente”; esto es, el valor que excede a las propias necesidades de reproducción del sistema económico tal y como está en el punto de arranque. Conciben los mercados como una red de flujos comerciales repetitivos, como un sistema de relaciones entre agentes que sostienen esos flujos. No se entienden en un punto sino en el tiempo.

Para los neoclásicos, los datos fundamentales del problema económico son la preferencia de los consumidores y la (inmodificable) distribución del ingreso; sus seguidores se desviven imaginando un sistema de ecuaciones que determine de forma simultánea todos los precios del sistema económico. Los datos fundamentales para los clásicos son las relaciones técnicas de producción y la distribución del excedente; su modesta pretensión es determinar las condiciones para que el sistema se reproduzca “creciendo” su riqueza. Sraffa demolió los presupuestos esencialmente estáticos de los neoclásicos y rescató el análisis dinámico de los clásicos. Como tiene razón, el pensamiento dominante lo ignoró.

Estas diferencias no son meras especulaciones abstractas, sino que tienen implicancias para comprender las políticas concretas. Voy a dar un ejemplo que creo apropiado: la depresión de los años 1929/1930 en EEUU.

La explicación neoclásica diría que la causa del problema fue que la economía no era competitiva, que los precios de equilibrio exigían costos de salarios más bajos para

¹ Economista, investigador del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp) y docente universitario.

recomponer una tasa de ganancias que era insuficiente, que la tasa de interés no remuneraba suficientemente al riesgo del capital. La explicación clásica diría que el problema fue que la tasa de ganancias era muy alta, que el destino del excedente era inadecuado porque favorecía la renta financiera en desmedro de la ganancia productiva y el trabajo.

Esta última explicación es la correcta. En los años veinte las ganancias industriales en EEUU fueron en progresivo aumento porque los salarios crecían menos que la productividad, mientras que los precios eran estables. Además, la ocupación crecía poco y entonces la demanda de bienes de consumo inmediato y durables era insuficiente. Aunque los fondos disponibles para la inversión eran altos, no iban a la economía real sino a la especulación financiera e inmobiliaria. Todo muy parecido a la Argentina de los años noventa del equipo Menem-Cavallo-Fernández.

El mal diagnóstico neoclásico llevó al presidente Hoover, a “ajustar” el gasto público, los salarios y promover la deflación de precios. El resultado fue desocupación masiva, depresión económica imparable y pérdida de legitimidad del presidente, tal y como sucede con el equipo De la Rúa-Machinea-Cavallo.

El razonamiento clásico alimentó el *New Deal* de Roosevelt, o sea políticas keynesianas de estabilización de demanda, distribución progresiva del ingreso, apoyo a la economía real, beneficios sociales masivos. El resultado fue aumento del empleo, expansión económica y la reelección de Roosevelt por varios años. Esperemos que sea el futuro de la Argentina.

Los economistas del saber convencional están incapacitados para entender los problemas del desarrollo económico. Para ello, hay que pensar como los clásicos y poner el acento en la distribución de recursos, la innovación, la apropiación de la tecnología, la distribución del trabajo al interior de la empresa y en el conjunto del sistema económico. O sea, en las formas “desequilibradas” en que se genera y se apropia el excedente económico.